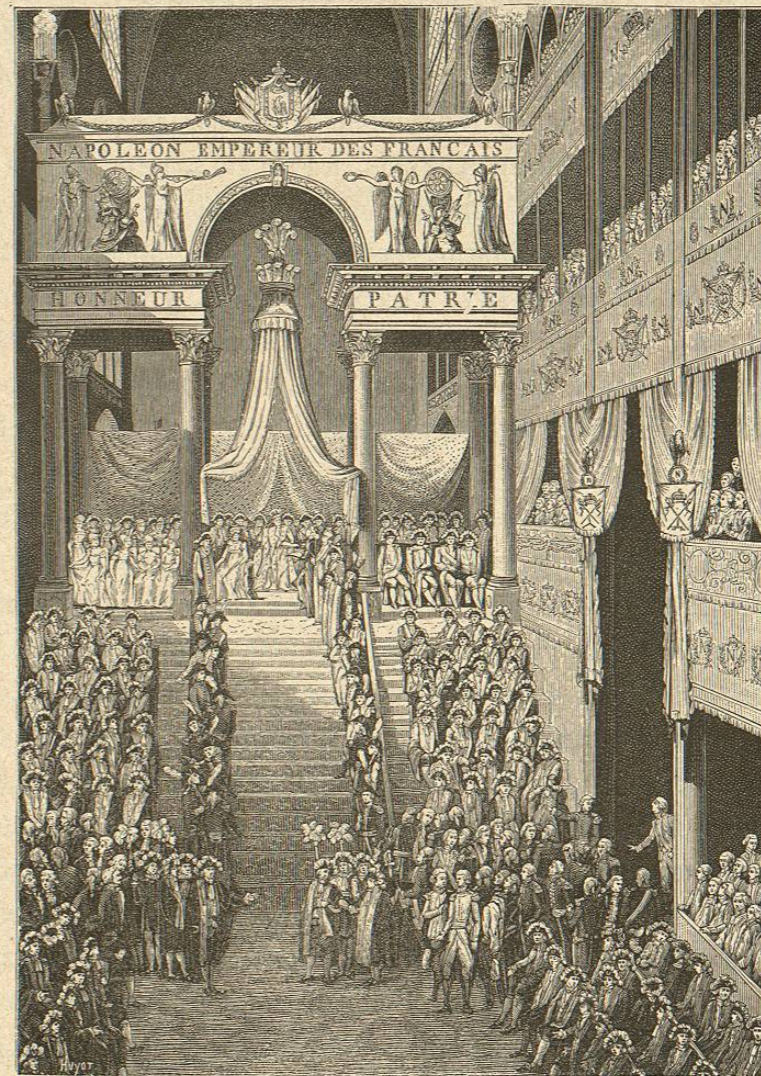


Bonaparte, al jacobinismo en el trono, hiriendo así á todas las monarquías y obligando á la Gran Bretaña á hacer al usurpador una guerra sin cuartel.»



Fiestas de la coronación y consagración de SS. MM. Imperiales. Trono erigido en la nave de la Catedral de París; el Emperador pronuncia el juramento constitucional sobre el libro de los evangelios. (Dibujo y grabado de Lecœur)

En vano Napoleón escribió por segunda vez al rey de Inglaterra pidiéndole «que pusiera término á una lucha inútil y sin objeto, en la que ambas naciones agotaban su prosperidad.» Se le respondió «que únicamente alcanzaría la paz haciendo concesiones que pudiesen evitar la renovación de los peligros y de las desgracias que amenaza-

ban á Europa.» (2 de Enero de 1805). En vano Fox se quejaba en el Parlamento de ver á su patria engolfada en esta lucha «por un mal entendido orgullo y por una ambición que, por lo menos se debía disimular;» no fué escuchado. La guerra era, pues, inevitable. Napoleón, antes de que empezara, y con el fin de asegurarse la obediencia de Holanda, cambió su constitución, confiando el poder ejecutivo á un Gran-Pensionado vitalicio y reduciendo el Cuerpo legislativo á veinte individuos (Mayo de 1805). Anexión á Francia la república de Liguria, dividiéndola en tres departamentos (Junio de 1805). Por un senado-consulta extraordinario, cambió la República italiana en reino de Italia, en favor suyo (Marzo de 1805), y fué á Milán para coronarse con la Emperatriz, sobre cuya cabeza colocó (26 de Mayo), entre las aclamaciones del pueblo, la corona de hierro de los reyes lombardos, que nadie había ceñido desde Carlos V (1). Confió Napoleón el virreinato de Italia al príncipe Eugenio y se dedicó á organizar el país, hasta que, sabedor de que Austria concentraba sus fuerzas sobre el Adigio y temiendo que se hubiese formado una coalición contra Francia, apresuró su regreso á París para activar los preparativos del desembarque en la Gran Bretaña (Junio de 1805), cuya realización esperaban los franceses con verdadera ansiedad. Esta guerra era entonces tan popular como impopulares fueron las de los últimos tiempos del Imperio. El odio á los ingleses era la expresión más exaltada del patriotismo; un noble bretón, inflamado por el ejemplo de su compatriota Duguay-Trouin, vendió sus propiedades y abandonó su familia para fletar un brick y dar caza á los buques británicos. Las letras y las artes se honraban contribuyendo á este movimiento: ya en la recepción de Parny en la Academia francesa (28 de Diciembre de 1803), Fontanes cerró la sesión leyendo un canto bélico contra los ingleses: el recitado alternaba con coros y diálogos cantados, cuya música había compuesto el ilustre Paisiello. José Che-

(1) La *corona de hierro* es un gran aro de oro macizo, adornado con piedras preciosas, que tiene en su parte interior una hoja de hierro hecha con un clavo de la verdadera Cruz, que la emperatriz Elena trajo de Palestina. Esta corona se conserva en la catedral de Monza; los austriacos la llevaron á Mantua en 1859 y fué devuelta á Italia en 1866. Carlos V ceñó esta corona en 1530.

nier publicó en el siguiente año una oda, en la cual expresaba, con formas clásicas, los sentimientos que animaban al pueblo francés:

Ne posez point le glaive, enfants de la Victoire,
Des Alpes et du Rhin les rapides héros,
Tant qu'il reste à cueillir quelque moisson de gloire,
N'ont jamais besoin de repos.

La liberté vous luit: les deux mondes adorent
De ce soleil nouveau les rayons bienfaiteurs;
Contre un peuple tyran tous les peuples implorent
Vos étendards libérateurs (1).

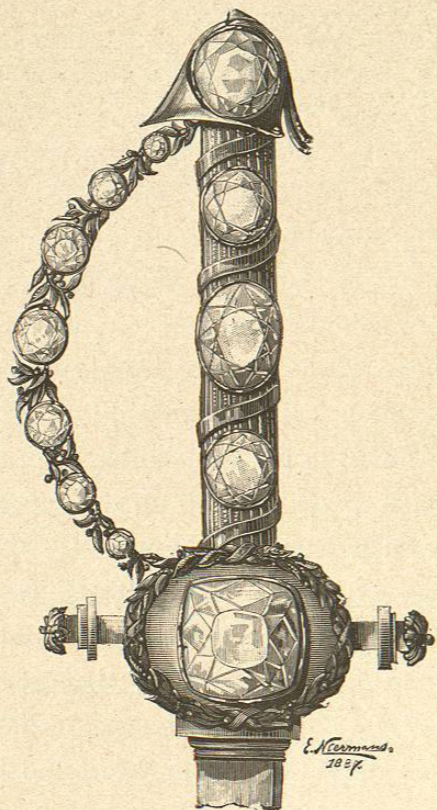
En los alrededores de Boloña, sobre las costas de la Mancha, establecieron siete campamentos, en los que se reunieron pronto más de 160.000 hombres, teniendo ya preparadas 1.800 barcas para transportarlos al otro lado del Estrecho.

Napoleón hubiera podido valerse entonces de un reciente invento de Fulton, no precisamente el que consistía en la aplicación del vapor á la navegación, que le ha hecho célebre, sino en un aparato submarino al que llamaba *torpedo* y que puede considerarse como el primer ensayo de esta clase. Durante el año 1801, Fulton había realizado una serie de curiosos experimentos en Brest, permaneciendo cuatro horas en el fondo del mar con su aparato y saliendo á cinco leguas de distancia del punto en que se sumergía, llegando á hacer volar una chalupa y á amenazar á más de un buque inglés. Napoleón aguardaba para adquirir su invento que consiguiese echar á pique alguno, pero no se presentó ocasión oportuna y se cansó de esperar. El americano Fulton, de imaginación algo exaltada, casi místico y entusiasta por la causa de la humanidad, perseguía principalmente con su invento el medio de libertar en el mar á los Estados débiles de la tiranía británica. «La libertad de los mares,—se le oía repetir con

(1) «No envainéis vuestra espada, hijos de la Victoria,—raudos héroes de los Alpes al Rhin,—mientras quede por cosechar un átomo de gloria—no tendréis un instante de reposo.

» La libertad os guía, los dos mundos admiran — del nuevo sol los rayos bienhechores; — contra un pueblo tirano, todos los pueblos imploran — vuestras libertadoras banderas.»

frecuencia,— será la salvaguardia de la libertad humana.» Se ha censurado á Napoleón por no haber protegido el invento de los buques de vapor, que Fulton había ensayado en el Sena, en París, por los años de 1802 y 1803. Con estos nuevos buques, dícese, se aseguraba el desembarco en Inglaterra. Efectivamente, pero necesitábanse algunos años para construir una escuadra de barcos de esta clase, para



Espada que usó el Emperador en la ceremonia de su coronación
El diamante engarzado en el centro de la guarda es el famoso llamado *del Regente*. (Dibujo original de la colección de M. Germán Bapst)

formar maquinistas y para adiestrar á los marinos en las maniobras especiales que exigirían los nuevos buques. Al oír tales críticas parece realmente que Fulton ofrecía á Napoleón una escuadra completa de barcos de vapor, perfectamente dispuestos y equipados. Por lo demás, éste no necesitaba de tales inventos para triunfar, y los ingleses, que por su parte hostigaban incesantemente á la flotilla francesa, no sólo no lograban ningún resultado práctico, sino que perdían más que ganaban en tales escaramuzas, en las que Napoleón se complacía

en aplaudir á sus soldados y marinos, y en demostrar, exponiéndose personalmente al fuego de las fragatas inglesas, que los peligros del mar, á los cuales no estaba acostumbrado, le dejaban tan tranquilo como lo combates terrestres.

Por muy grande que fuese la superioridad de las fuerzas marítimas de Inglaterra y la experiencia de sus marinos, mandados por Nelson, Calder y Collingwood, no se equivocaba Napoleón cuando decía á Latouche-Tréville: «Como seamos dueños del estrecho por seis horas, seremos amos del mundo.» Esto demuestra que ya tenía concebido un plan de campaña marítima en nada inferior á sus más hermosas concepciones de la guerra continental; plan en el que no se había dejado á la casualidad nada de lo que puede ser previsto, y para el cual no faltaba más que encontrar un hombre capaz de comprenderlo y ejecutarlo, porque Latouche-Tréville, almirante de la escuadra del Mediterráneo, acababa de fallecer en el momento en que se disponía á pasar el Atlántico (20 de Agosto de 1804); funesta desgracia que, al arrebatarse á Francia su mejor marino, obligaba al Emperador á aplazar su desembarco en Inglaterra hasta la primavera siguiente. Por indicación de Decrés, fué designado Villeneuve para suceder á Latouche-Tréville, y una vez reorganizados el campamento y la escuadra, Napoleón dió sus últimas instrucciones para la campaña marítima que iba á emprenderse.

Tres flotas debían salir de Francia: una de Rochefort, al mando del almirante Missiessy; la segunda de Tolón, á las órdenes de Villeneuve, y la tercera de Brest, dirigida por Ganteaume. Estas tres escuadras debían llamar la atención de la escuadra inglesa, aprovisionar algunos puertos de las Antillas, y una vez reunidas en aguas de la Guadalupe, al mando de Villeneuve, emprender el regreso, incorporándose, al pasar frente á las costas de España, la escuadra del almirante español Gravina; en seguida, barrerían las costas de la Mancha y protegerían el desembarco de un ejército de 100.000 hombres en Inglaterra, en tanto que una gran parte de la escuadra británica andaría buscándolas todavía en aquellos apartados mares. No se trataba, pues, de derrotar á la armada inglesa, sino de entretenerla mientras se efectuase la travesía del estrecho.

A pesar de las legítimas esperanzas que tan acertadas combina-